

Mario Torre García
IES La Marina (Santander)
CANTABRIA



K2

Estábamos el equipo de escalada y yo para la siguiente expedición. Era un proceso largo y cansado, ya que no solo íbamos a escalar el segundo monte más alto conocido, sino que, también, era el más complicado mundialmente: K2. Y todo esto, a 2000 metros de altitud. Una vez terminado todo el proceso de preparación, el campamento instalado, la mochilla llena de agua y comida para reponer fuerzas tras duras jornadas, una tienda de campaña para poder albergarnos y, por supuesto, el reloj de arena que me regaló mi abuela cuando era pequeño, el cual era super importante para determinar el tiempo que deberíamos tardar en todas las expediciones. 3 vueltas tendría que significar que, si no hubiéramos andado 200 metros de altura, íbamos retardados.

Comenzamos a escalar montaña arriba sobre las 5 a.m. y, en principio, no hubo contratiempos. El reloj dio tres vueltas y habíamos avanzado 207 metros.

Íbamos en la línea adecuada y repostamos energía a las 6 p.m. Montamos las tiendas y nos calentamos tras un duro día en el que avanzamos vastas extensiones. Durante la semana conseguimos alcanzar los 4.000 m aproximadamente, lo cual era un dato fantástico e ideal, pero las complicaciones comenzarían ahora.

Era lunes, el día azul de la semana y sí, ese hecho estaba en lo cierto, se acaba el fin de semana, te quedan 5 malditos días por delante, ¿un rollo, no? Sí pero aquí ocurrieron cosas peores.

Aparte de que solamente avanzamos 100 metros de altura, debido a riesgos meteorológicos que nos informaban desde el campamento, hubo muchas avalanchas producidas por

desprendimientos de vastas rocas y rayos de la tormenta precedida. Todas las razones que puedas imaginar.

La intención que teníamos era de llegar a la cumbre en 3 semanas y bajar en 2, ya que dentro de 28 días ocurriría una de las peores tormentas del año, por lo que tendríamos que acelerar el paso.

Durante la siguiente jornada tuvimos un contratiempo. Nos encontramos con una gigante pared de hielo. No paraba de quitarle ojo al reloj, era demasiado importante y se observaba en él cómo la arena se le escapaba lentamente de un lado a otro, granito a granito.

Tiramos una cuerda para atarla al saliente de aquella pared de 20 metros. Pasamos Kevin, Matías y Lucas, los cuales eran amigos míos, y un grupo de 10 personas más. Pero Toni, otro amigo mío, resbaló y cayó al vacío mientras gritábamos él y yo: "nooooooooo". Pero, un gesto vale más que mil palabras y no pudimos ayudarlo. Entre lágrimas, Lucas me dijo que teníamos que continuar, pues si no a los demás nos pasaría lo mismo.

Pasó la semana y llegamos a los 5.000 metros, tras duras avalanchas de paredes con pinchos afilados como alfileres y con aquel importantísimo reloj de arena, por el cual la arena no paraba de caer. Hasta que llegamos a los 6.000 metros. A partir de ahora, avanzar 200 metros sería un milagro.

Todos los días había un maldito contratiempo, avalanchas arrastrando casi toda la vegetación existente, desprendimientos de rocas más grandes y pesadas que un camión, fríos imposibles de aguantar, grietas gigantes en el suelo... una auténtica odisea, y para variar, perdimos 2 hombres japoneses que eran hermanos: Chio-Jin y Chin. Pero la arena de mi viejo reloj de madera seguía cayendo y metiendo presión.

Llegamos a los 7000 metros. La comida empezaba a escasear y el dolor a causa del frío era insoportable en aquel insólito lugar lleno de una ardua capa blanca. 3 arduos días más tarde, llegamos a los 7.500 metros de altitud y nos encontramos en frente una gigantesca pared rocosa, algo parecido al escalón de Hilary, en el monte Everest, pero lleno de resbaladizos salientes, falsos amigos que harán que te caigas al vacío hacia una muerte segura, como la de los 5 fallecidos en ese viaje asesino.

Y, al fin, tras haber cruzado 17 gigantes grietas, haber pasado por 10 avalanchas, cientos de desprendimientos, grandes y pequeños, y 5 paredes asesinas, llegamos a la cima. Al fin de nuestro viaje para dejar nuestra bandera. Marcar nuestro paso por aquella cumbre con problemas de comida, oxígeno y sanidad, plantamos nuestro trozo de tela de los que estamos aquí y de los que no, pues este camino es como la vida. Empezamos de cero y vamos

escalando hasta llegar a la cima. Unos se quedarán atrás, otros caerán de más arriba y todo eso, lo veremos, pues esa es la esencia de la vida: ver morir a quienes queremos y nacer a otros, tristeza, agonía, desesperación, risas y orgullo de que he llegado donde he llegado, ver como nuestras esperanzas se agotan poco a poco, cuales se caen de ese reloj de arena, granito, viendo como la arena se escapa lentamente una y otra vez, pues cada grano de arena de aquel reloj, es una parte de nuestra vida, la cual cuando se acabe, se dará la vuelta, para comenzar de nuevo este ciclo.

Gracias a Dios durante la bajada no tuvimos nuevos contratiempos y al resto llegamos sanos y salvos, aunque me pregunto: ¿por qué subimos para luego bajar?

Y esa pregunta, me tuvo encerrado toda la vida, pues mi reloj de arena hace lo mismo.